

# Alberto Parra



ARTURO GALARCE

## Los descargos DEL PARRA PETROLERO

Hijo del primer matrimonio de Nicanor Parra, se sabía muy poco de él hasta que su nombre salió a la luz pública cuando presentó una demanda civil junto a su hermana Catalina que busca anular el testamento del poeta. En su casa en Noruega, Alberto Parra, jubilado de la industria del petróleo, recibió a "Sábado" para contar por primera vez su historia: su ida de Chile a los 18 años, la distante relación con su padre, y lo que piensa de sus hermanos menores. "Son gente que ha vivido de él toda la vida", dice.

POR ARTURO GALARCE, DESDE NORUEGA



En los años 80 Nicanor Parra visitó por única vez a Alberto en su casa en Noruega. Fue la primera vez que lo sintió como un padre, dice Alberto. La foto corresponde a ese momento.





GENTILEZA ALBERTO PARRA





Alberto Parra en la terraza de su casa en Sola, al suroeste de Noruega. A la derecha, junto a su madre, Ana Troncoso, la primera esposa de Nicanor Parra.



**Es un día soleado** en Sola, un pequeño municipio del suroeste noruego, cercano al puerto petrolero de Stavanger. Alberto Parra, las cejas chasconas, la nariz ancha, está parado afuera de su casa vestido con un suéter, jeans y zapatillas. “FAM. PARRA”, se lee en la puerta de entrada. Grabado sobre una oxidada placa de metal, el apellido parece chirriar en medio del sopor escandinavo salpicado de casas blancas, nubes gordas, pastizales, calles sin gente y buses que pasan a la hora indicada en los paraderos.

La casa de Alberto es blanca, grande, de madera. Tiene tres dormitorios, un departamento subterráneo y una terraza exterior cubierta de vidrio. En las paredes hay un poco de su historia: una bandera de Chile, un afiche de una antigua exposición de su hermana Catalina en Nueva York, dos pirañas disecadas, cuatro budas tailandeses y dos lámparas hechas con herramientas utilizadas en la excavación de pozos petroleros. También hay un pequeño rincón dedicado a su padre: la clásica foto de Nicanor

cubriendo su rostro con la mano, una impresión del poema “El hombre imaginario” y un recorte de prensa chilena con el árbol genealógico del poeta, incluida la rama noruega; los cuatro hijos que tuvo con su exesposa, Helen Kvaløy, y los dos gemelos que tuvo con su exnovia, la cubana Yamille Carballosa. Ninguno vive aquí actualmente. Alberto está jubilado, tiene nueve nietos, y mantiene una relación a distancia con una mujer de República Dominicana varios años menor.

Tomando un café en su comedor, lo reconoce: es el Parra del que menos se sabe. El que a los 18 años abandonó la casa familiar de La Reina. El único de los hijos del poeta que no creció bajo su alero y el que nunca mostró alguna habilidad artística que lo sorprendiera. Alberto es un misterio. Incluso para su padre, que entre sus cercanos se refería a él con un susurro: “petrolero”.

Lo cierto es que Alberto Parra tiene 71 años y que durante 44 trabajó como técnico en operaciones de la empresa internacional Schlumberger,

dedicada a prestar servicios a los yacimientos petroleros del mar del Norte. Un lugar donde llamarse Parra no significaba nada, salvo una broma pesada.

“Alberto Parra. Tú deberías ser un modisto italiano con ese nombre. No sé qué es lo que haces aquí”, le dijo una vez un ingeniero noruego, cuando Alberto intentó aconsejarlo.

–“Sí, Parra”, le dije –recuerda Alberto–. Míralo en internet. Es la única vez que usé mi apellido. Acá se vive poco aprovechándose del nombre. Acá el que vale es el que funciona por sí mismo.

Alberto remachará esa idea con énfasis al referirse a la demanda civil que presentó junto a Catalina en contra del resto de sus hermanos, Colombina, Juan de Dios, Ricardo y Francisca. La controversia es conocida: ambos exigen la nulidad del testamento que designa a Colombina como la única albacea de los bienes de Nicanor. Para él y Catalina, Nicanor no estaba en condiciones físicas ni mentales de tomar una decisión como esa.

Pero Alberto ya hablará de eso. Antes repasa su historia. Las aventuras como marino mercante, los viajes por el mundo, la vez que lo golpearon en África, las jornadas sobre las plataformas petroleras y las diferencias amorosas entre las mujeres del Caribe y el Sudeste Asiático. De pronto, le brotará un recuerdo: su abuela Clarisa Sandoval, la mamá de Nicanor, interrumpiendo una conversación entre adultos para dirigirse a él:

–Me dijo: “Usted no, usted no aprenda a tocar la guitarra. Estoy cansada de esta gente. A usted, mijito, no se le ocurra nunca irse por este camino. Usted va a ser otro Parra”. Ella no quería más artistas, no quería más cantantes, no quería más nada. Había mucho desorden, muchas borracheras. De cierta manera, a lo mejor ella puso una semilla en mí. Y tremendo de cómico: me salí de la familia.



Alberto Parra es el tercer hijo de Nicanor. El último que tuvo con Ana Troncoso, su primera





A la izquierda, Nicanor Parra fotografiado por su hijo, mientras se afeitaba durante su visita. A la derecha, Alberto Parra junto a su Mercedes-Benz en el jardín de su casa. Durante 44 años trabajó como técnico de operaciones en pozos petroleros.



esposa, y de la que poco se sabe. Según Alberto era una mujer de origen sureño, llevada como servidumbre al fundo de los Parra de Parral, una rama de la familia con buen sostén económico. En una de sus visitas a ese fundo, dice Alberto, su padre se cruzó con Ana.

—Se la robó —continúa—. Y se la trajo a Santiago. Ahí empecé la primera familia de Nicanor. En la cuestión del hogar, ella era la que llevaba todo. Las compras, el arreglo de esto, de lo otro, todas las cosas que había que hacer. Si había que arreglar un enchufe, ella lo hacía. Era una mujer *multiskill*. Mi papá no sé si sabía hacer un huevo frito.

Alberto Parra pasó sus primeros años en la casa que Nicanor arrendaba en calle Paula Jaraquemada, en Ñuñoa. Tiene pocos recuerdos de esos años: las baldosas del patio, el jardín rodeado por los dormitorios y de vez en cuando Nicanor acariciándole la cabeza en una de sus pocas manifestaciones de cariño: eran los años de Nicanor como profesor de Mecánica racional en la Universidad de Chile y se aventuraba en la poesía. Su presencia en casa, dice Alberto, era fantasmal.

—El mundo de él era una necesidad de aprender y aprender, aprender más de todo —dice Alberto—. Entonces, con los hijos podía llegar hasta cierto punto. Pero con la gente nueva, inteligente y que venía con sus cosas, ahí él devoraba eso. A él le gustaba una conversación interesante y fructífera. Hablar por hablar, no. Eso es pérdida de tiempo.

Cuando tenía 4 años la vida familiar de Alberto se despedazó. Tras un viaje de estudios a Oxford, Nicanor Parra volvió casado con la sueca Inga Palmén. Junto a su madre y su hermana Francisca, fueron a dar a una habitación de una casa en la Plaza La Reina. Su hermana Catalina, dice Alberto, se quedó con Nicanor y la nueva mujer. De esa separación su recuerdo más vívido es lo que se dijo a sí mismo observando los conejos que criaba su madre.

—Dije en voz alta: “Cuando me case, voy a ser bueno con mi familia” —dice ahora Alberto, sollozando.

Los apremios económicos llevaron a Ana, Alberto y Francisca a una casa cerca de Gran Avenida. La tarea de Alberto, una vez al mes, dice, era retirar el cheque que Nicanor le deja-

ba en una de las oficinas de la Universidad de Chile. A veces, cuenta, Nicanor los visitaba.

—Me hacía así (se acaricia la cabeza). Eso era lo más cercano. Nada de venir, que me sentara con él, que me dijera mi niño, como yo lo he hecho con todos mis hijos. Pero a lo mejor lo tuvo con la Colombina o el Barraco.

A comienzos de los 60, separado de Inga Palmén, su padre les ofreció a Ana Troncoso, Alberto y su hermana Francisca vivir con él y el resto de la familia en el terreno de La Reina que había comprado. Ahí levantaron una pequeña casa para Ana. Alberto estrechó lazos con su tío Roberto y con su primo Ángel, no así con su padre: siempre sintió una distancia, la incomodidad de no estar a la altura de las conversaciones que su padre mantenía con su hermana Catalina. Sin sospecharlo, esa desatención le dio libertad: a los 15 años ya era un avezado “pavo”, mote con el que eran bautizados los polizones ferroviarios. Desaparecía los veranos enteros, regresando justo a tiempo para empezar la escuela. Fue su tía Violeta Parra, explica, la única

que le advirtió a su padre sobre su mala conducta.

**—¿Qué te dijo Nicanor?**

—Me metieron a un internado con el Ángel, pero me sacaron cuando les conté cómo nos pegaban los curas. Después me metieron al Barros Arana.

**—¿Estaba preocupado de tu educación?**

—Consigo mismo había mucha más exigencia. No creo que haya tenido tanto ojo para mi educación.

**—Suenas extraño: tu padre siempre se comportó como un patriarca, preocupado de sus hermanos, de incentivarlos, de tenerlos a todos cerca. ¿Por qué crees que contigo no fue así?**

—No tengo idea. Mi padre nunca me dijo nada. A mi madre sí y a mi hermana. De cierta manera hay una razón en eso, pero un patriarca es algo más que solamente “yo”. Un patriarca es alguien que se preocupa de toda la familia. Posiblemente sí tenía esa preocupación con los tíos, con las hermanas, no había tiempo para todos. Además, yo era rebelde desde el comienzo.



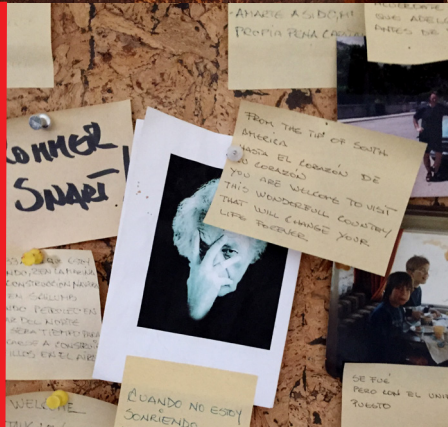
Es sábado. Alberto Parra maneja su BMW 525 con rumbo





En la puerta de entrada de su casa, una vieja placa lleva el apellido de la familia. Imagen de la derecha: Alberto Parra fue el único hijo de Nicanor que no tuvo inquietudes artísticas. Sin embargo, intenta escribir poemas similares a los de su padre, los que pega en un diario mural de su casa.

FOTO ARTURO GALARCE



a Stavanger, el puerto donde trabajó toda su vida. Cincuenta y dos años antes, su historia dio un giro pero en otro puerto: fue en El Callao, en Lima, donde llegó el verano de 1966 después de haber dejado la casa de La Reina, inspirado por dos motoqueros que conoció en Laraquete a los 15 años. Ellos le hablaron de los estudios que habían hecho en Alemania y del trabajo y el dinero que había por allá. Con esa cantinela de superación, de estudios, convenció a su madre para que lo apoyara.

Su tío Lalo Parra le pasó 5 mil pesos y Roberto otro poco, recuerda Alberto. Y con la venia de su madre, cuenta, falsificó la firma de su padre para conseguir el permiso que le permitía salir del país. Nicanor, ocupado en uno de sus viajes, ni siquiera estaba en Chile cuando Alberto se fue. Y de haberlo estado, por puro gusto, cree Alberto, jamás habría firmado ese permiso.

En Perú estuvo tres meses, hasta que logró embarcarse en

un barco noruego, gracias a un currículum falso que le regaló un delincuente chileno. Su primera labor fue llevar bandejas con comida a los oficiales del buque y lavar la loza. Pero, por dejar los platos sucios fue enviado a la sala de máquinas. En una parada del barco en Nueva York, Alberto recordó a su padre. Las veces en que Nicanor se acercaba para mostrarle una foto.

“Mira Payuyo”, le decía su padre, llamándolo por el apodo que le tenía y mostrándole una imagen de uno de sus viajes. “Este soy yo”, insistía Nicanor, “a los 25 años en Nueva York”.

Con deseos de competirle, Alberto también se tomó una foto ese día, en el Empire State. A su reverso escribió: “Mira, papá. A los 18 años en Nueva York”.

Durante los casi dos años que pasó embarcado, nunca recibió una respuesta de su padre.

**—¿Nunca recibiste una postal de vuelta?**

—Recibí una carta cuando la

tía Violeta se suicidó. Yo estaba en el océano Índico, y recibí la noticia por telegrama.

El contacto con su familia era casi nulo. De vez en cuando recibía cartas firmadas por su madre, o por su hermana Francisca. De su padre solo volvió a saber cuando se radicó en Noruega, hasta donde llegó enamorado de Helen Klavøy, una trabajadora del hotel donde se hospedaba durante sus paradas en Hamburgo.

No recuerda si fue su madre o su hermana la que le contó del escándalo hecho por su padre cuando se enteró de su partida. “¡Tenía proyectos para ese niño!”, gritaba Nicanor.

—Estaba enfurecido—dice Alberto—. Estaba desesperado. Claro, él tenía proyectos conmigo que nunca me dijo.

Catorce años más tarde, Alberto viajó por primera vez a Chile desde su partida. Al aeropuerto fueron a buscarlo su hermana Francisca, su esposo, y su madre Ana Troncoso. Cuando llegaron a La Reina, pasaron directo a la casa de Francisca. Nicanor no salió a saludarlo.

**—¿Por qué crees que no salió?**

—Seguramente estaba cansado. Al otro día conversé con él.

**—¿Qué te dijo?**

—Nada especial. Me preguntó mucho por mi familia, qué es lo que estaba haciendo. En esa época ya tenía años en el petróleo. Le contaba de las plataformas, las tormentas, los viajes en helicóptero.

En su libro *Nicanor Parra, rey y mendigo*, el escritor y periodista Rafael Gumucio relata un encuentro entre Alberto y su padre en un restorán del litoral central. Ahí escribe: “(Alberto) era más bien un señor grande y moreno, que hablaba de cosas normales en un tono normal. A ratos parecía que se esforzaba justamente en no hablar como su padre, que ni lo escuchaba ni dejaba de escucharlo. Comía a su lado completamente

ausente, con esa cara severa de sospecha y distancia que era natural en él cuando nadie lo estaba mirando”.

**—¿Crees que a la larga Nicanor te dio por perdido como hijo?**

—Sencillamente pasé a otro nivel. Él tenía nuevos hijos. Y tenía más tiempo y a lo mejor una ternura que compartir con ellos.



El 23 de enero de este año Nicanor Parra murió en su casa en La Reina. Alberto Parra no fue a su funeral. Acomodado en la terraza de su casa, explica que no pudo conseguir un pasaje.

—Lo que no me gusta es ir a mirar a los muertos, que es una tradición chilena—dice—. No fui al velorio. Fui después. Acá sacar un billete para irte a cualquier parte, de un día para otro, es casi imposible. Traté, pero iba a llegar tarde de todas maneras. No había ninguna gracia en comprar un pasaje súper caro y tener que dejar todo botado e irme.

A mediados de 2017, una prima lo había llamado desde Chile para advertirle que su padre estaba muy mal de salud. Para corroborarlo, Alberto llamó de regreso a otros familiares.

—Conversé con los más cercanos que tenía allá y me dijeron que estaba como una lechuga.

**—¿Quién te dijo eso?**

—Alguien de la gente de allá. Entonces tenía un viaje y me fui a República Dominicana a ver a mi novia.

**—¿Cómo? ¿Te quedaste tranquilo con lo que te dijeron?**

—Claro, me quedé tranquilo. Le pregunté nuevamente a la prima que me había anunciado esto, y parece que la hicieron callar. Mi papá había ido a parar al hospital y casi se murió.

La última vez que vio con vida a su padre fue en 2014. Cuenta que durante quince años viajó seguido a Chile, compartiendo con él y el resto de la familia, especialmente con su hermana



Francisca y sus hijos. En sus visitas nunca estableció un lazo cercano con sus nuevos hermanos.

—Nosotros somos medio hermanos y funcionamos de diferente manera —dice Alberto Parra—. Cuando voy a Chile pago mi billete yo. Funciono con mi propio motor, pero ellos vienen con el motor del papá. Esas son cosas que nunca me habían importado antes, pero ahora con todo lo que pasó, me importan. La cuestión de vivir gratis y aprovecharse no lo encuentro nada cómico.

Recién dos meses después de la muerte de Nicanor, Alberto viajó a Chile. Visitó la tumba de su padre y se reunió con su hermana Catalina. Ahí fue cuando se enteró del testamento que había dejado el poeta y juntos visitaron las oficinas del estudio de abogados Grasty Quintana Majlis & Cía., donde iniciaron la demanda civil. Por Catalina se informó del estado en el que se encontraban las casas de su padre. Visitaron las propiedades en La Reina, Peñalolén, Huechuraba, Isla Negra y Las Cruces. Salvo Las Cruces, dice, el resto presentaba serias condiciones de abandono.

Ninguno de los hermanos ni familiares de Alberto contactados por “Sábado” quiso participar de este artículo. Uno de ellos pidió dinero a cambio.

—No me imaginaba todas las cosas que fueron saliendo —dice Alberto, fumando.

**—¿Por qué?**

—No me lo imaginaba, estaba seguro de que la Colombina era arquitecto y tenía sus trabajos y ganaba plata. Llegaba en auto de no sé cuánta plata, llegaba al año después con otro nuevo. Viajes a China, a Estados Unidos, a Inglaterra. El Barraco en las mismas.

**—¿Cómo crees que te ven ahora ellos?**

—Me tienen que ver como el enemigo. No sé el Barraco, ni Ricardo. Pero la Colombina y el Tololo (Cristóbal Ugarte, hijo de Colombina) sí me ven como un enemigo. Un enemigo

que no es bueno tenerlo. Si no hubiera sido por todas las cosas que aparecieron, me habría ido y quédense con todo, no necesito nada aquí. Pero uno no puede aplaudir la injusticia. No sé en cuántas partes los caballeros de la corte firman su herencia para una sola persona a los 103 o los 102 años. No sé dónde.

**—¿Cómo sabes que tu papá estaba incapacitado para tomar esa decisión?**

—Cuando finalice la demanda se van a saber muchas cosas. Que a lo mejor no va a ser bueno para nadie. Es mejor tener la película del poeta chileno y sus hijos músicos, de su hija artista, y la mía, de un hijo totalmente desconocido. Hubiera preferido que ese plano quedara así.

**—En su Facebook Colombina da a entender que ustedes nunca estuvieron para los cuidados que tu padre requería, que vienen con la intención de venderlo todo.**

—La herencia Parra son seis panes: cinco panes para Colombina y el sexto dividido entre los otros 6. Yo pido mi sexto. Y Catalina su sexto. Ninguna cosa más. Y participar en todo de lo que se quiera hacer como dice la Colombina, que es por el bien de Chile, por el bien del futuro del planeta y toda la huevía, para quedarse con todo. Ella quiere quedarse con todo para poder seguir.

En una de sus visitas a Chile, Alberto Parra reconoce haber cometido un error: pedirle un trozo de terreno a su padre en la parcela de La Reina. “Un pedacito de tierra en el grupo de los Parra”, le dijo. Según él, era para construirle una casa a su madre, que vivía en una cabaña: la misma donde se quemó a mediados de los dos mil al inflamar su pijama con una estufa, muriendo días después hospitalizada.

Otra razón fue que Colombina y algunos sobrinos habían levantado casas en el lugar.

—Mi papá me dijo, “claro, vamos a mirar”—relatará más tarde Alberto—. Caminamos por la par-

cela y él me decía “aquí”, caminaba un poco y decía “o aquí”. “O también aquí”. “O aquí”. Cuando me mostró seis lugares, me di cuenta de que me estaba agarrando para el hueveo. Después supe lo que él había dicho: “No le puedo dar un espacio al Payuyo porque nos va hacer un castillo acá y nos va a cagar a todos”. Yo lo que debería haber hecho era comprar una parcela.

Un familiar de Nicanor dice que no fue una sola vez, sino varias las veces en que Alberto le pidió un trozo de terreno a su padre. Que por eso sus visitas lo incomodaban y que si hubiera tenido alguna

“  
No sé el  
Barraco, ni  
Ricardo. Pero la  
Colombina y el  
Tololo sí me ven  
como un enemigo.  
Un enemigo  
que no es bueno  
tenerlo  
”

intención de mejorar la vivienda de su madre podría haberla ampliado sin problemas.

**—Colombina ha explicado que su padre confió en ella la protección de las casas para convertirlas en museos. ¿No crees en eso?**

—Todas esas cuestiones se pueden hacer, pero sin pisotear al resto de la familia. Al resto de los herederos.

**—¿Qué te pasa cuando ellos dan a entender que eres un aparecido?**

—Es una mentira. Siempre estuvimos ahí en su época. Por supuesto que después de vacaciones, de visita... Ellos tuvieron la suerte de ser criados

en cuna de oro. En el otro lado, en los Parra Troncoso, toda la gente es de trabajo y progreso. Gente que lo que tiene es porque lo hemos fabricado nosotros mismos.

**—Pero el departamento en Nueva York donde vive Catalina, ¿no era de tu padre?**

—Que yo sepa, no. Porque si mi papá hubiera comprado el departamento, habría sido de él. Las casas, todo estaba a nombre de él. ¿Iba a hacer una excepción? No creo. Es el departamento de la Catalina, que en un momento se compró, que es un departamento pequeño. A lo que ellos han podido llegar ha sido con trabajo duro.

La única que se ha mantenido al margen de la polémica ha sido Francisca, hermana directa de Alberto, radicada en Villarrica, donde vive dedicada a sus tejidos. En su publicación en Facebook, Colombina le agradeció su silencio y sabiduría por la distancia que ha tomado. Alberto, que dice haber hablado con ella al comienzo de la disputa, asegura que Francisca le ofreció su apoyo. Pero cuando quisieron sumarla como demandante, le pidió que no la molestaran más.

—Ella viene cansada de antes. —dice Alberto, mientras afuera comienza a llover—. Los otros (Juan de Dios y Ricardo) no sé en qué bolsillo los tienen metidos, porque hay que ser muy huevón para aceptar eso o estar totalmente manipulado.

**—O que quizá no les importe todo este boche.**

—Es difícil, son gente que ha vivido de él toda la vida y van a querer seguir viviendo de él hasta el futuro, hasta los nietos.

**—¿Qué diría tu padre?**

—Debe estar enfurecido. Si mandara un rayo los quema a todos. Esto no es Nicanor Parra. No tiene nada que ver con Nicanor Parra. No tiene nada de su vida.



Después de su primera visita a Chile, años más tarde, Alberto recibió un llamado en su casa de



Noruega. Fue a mediados de los 80. Le hablaron en español.

–Dije: “Perdón, ¿me podría –decir quién es usted?”. Y me contestan: “Sí. Soy el marido de la Anita Troncoso”. No dijo: “soy tu papá, soy Nicanor, no”. “Soy el marido de la Anita Troncoso”.

Al otro día, aprovechando un viaje a un congreso de escritores en Suecia, Nicanor Parra llegó al aeropuerto de Stavanger. Alberto fue a buscarlo con su familia. Apenas lo vio, cuenta, se le abalanzó encima para abrazarlo y besarlo. Su padre, recuerda Alberto, estaba petrificado.

–De cierta forma era como si lo abrazara un desconocido –dice Alberto Parra.

La visita de Nicanor a Noruega duró seis días, en los que conoció a sus nietos y a su primera esposa, con la que duró 23 años casado. Antes de irse, medio en broma, medio en serio, e influenciado por las historias que oía sobre él en Chile, Nica-

nor le hizo una confesión.

–“Pensé que eras narcotraficante”, me dijo –recuerda.

–Era una broma, pero significaba algo.

–Claro, tiene que haber pensado cómo este ratón, que hacía la cimarra y se arrancaba de la iglesia, que era un desobediente, cómo era posible que hubiera llegado a una situación así. Además que tenía un buen trabajo, un buen sueldo y la familia feliz.

–¿Has intentado ponerte en los zapatos de tus hermanos? ¿Entender cómo fue para ellos crecer bajo la sombra de tu padre?

–No, pero lo que sí creo es que mi padre era tan dominante que dominó mucho sus vidas. Él los metió al conservatorio, les pagó todas esas cuestiones. Tenía esperanza de que llegaran lejos.

–¿Tú te salvaste?

–Claro, estando en Chile a lo mejor habría llegado a la situación de querer mejorarlo todo.

Pero para mejorar una situación al lado de un poeta como mi padre y los tíos, hay que hacerlo muy bien. Uno no puede vivir detrás del escudo. Como no he vivido en Chile, tengo esta libertad.

A pesar de esa broma, Alberto reconoce que esa visita fue el mejor momento que pasó junto a su padre. Que lo vio feliz, cariñoso con sus nietos y curioso sobre su trabajo en el petróleo. No fue como otros encuentros, marcados por el desapego, las provocaciones intelectuales, o como sucedería años más tarde, con su propio padre intentando seducir a una de sus parejas y diciéndole después a su hijo: “¿Viste, Payuyo, que la palabra también conquista?”.

Esa vez en Noruega, insiste Alberto, fue el único espacio en que lo sintió como a un padre.

Pero a comienzos de los 90, en una entrevista publicada en

revista *Paula*, Nicanor Parra se referiría a esa visita, quizá la única vez en la que habló públicamente de Alberto.

“Una vez que yo estaba en Estocolmo, pasé a Noruega, donde vive. Habían pasado veinte años sin que nos viéramos. Fue un poco enigmático el reencuentro. Él está bastante escandinavo, con mujer e hijos noruegos. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que el mochilero de hacía veinte años era un hombre que me había ido a recoger al aeropuerto en Mercedes-Benz, que vivía en una mansión en un barrio muy elegante”.

“¿Es un hombre rico, entonces?”

“No, porque recién llegado descubrí que su mansión no tiene biblioteca”.

En su casa sin biblioteca, Alberto enciende un cigarrillo.

–No sabía que había dicho eso –dice, poniéndose en guardia, como si su padre hubiera aparecido por la puerta. **S**



# SUMA SEGUIDORES. LLÉNATE DE HISTORIAS.

FORD FIESTA DESDE  
**\$6.990.000**  
INCLUYE BONO DESDE \$1.700.000  
EXCLUSIVO CON FINANCIAMIENTO FORUM



RENOVADO  
DISEÑO  
EXTERIOR.



SEGURIDAD  
PARA TODOS  
LOS OCUPANTES.



SYNC3®  
CON PANTALLA  
MULTITÁCTIL.

FOTOGRAFÍA CORRESPONDE A  
FIESTA TITANIUM MT: \$9.490.000

Precio válido hasta el 31 de octubre 2018. Exclusivo para compra con crédito Forum Servicios Financieros S. A. Aprobación de crédito sujeto a confirmación de antecedentes financieros y comerciales del cliente. Consulte por financiamiento para otras versiones. \*Valor obtenido en mediciones de laboratorio según ciclo de ensayo europeo, homologadas en Ministerio de Transporte y Telecomunicaciones. Más información en [www.consumovehicular.cl](http://www.consumovehicular.cl)



Motorcraft ford.cl

Callegari Ltda. • Siglo XXI • Auto Summit S.A. • Forcenter S.A. • Salazar Israel • Curifor S.A.  
Difor Chile S.A. • Automotora Gomá • Southland Motors • Automotriz Barros Arana



Go Further